

PERIÓDICO DE LA INFANCIA,

DIRIGIDO

por Don César de Eguílaz y Bengoechea,

SECRETARIO DE LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DEL REINO.

CARTAS A LOS NIÑOS

SOBRE EL NUEVO TESTAMENTO.

CARTA SEGUNDA.

EL PECADO.

Os acordareis, queridos niños, que Dios colocó á Adán y Eva, en el Paraíso Terrenal. ¡Si supieseis cuán dichosos eran allí! Amaban mucho á Dios, le dirigían bellos cánticos y le rogaban con todo su corazón.

Encontraron en aquel primoroso Jardín todo lo que podía serles agradable. Si sentían hambre no tenían más que escoger entre toda clase de hermosas frutas; porque las cerezas estaban tan rojas, las manzanas tan gordas, las uvas tan doradas en el Paraíso Terrenal, que vosotros no habeis comido jamás otras semejantes. Cuando querían descansar, se echaban sobre los verdes céspedes, á la sombra de grandes árboles, cerca de una cristalina fuente, aspirando el buen olor de los rosales y madreselvas, y los pajaritos venían á colocarse sobre las ramas más próximas á alegrarles con sus cantos; porque en este tiempo en que Adán amaba á Dios, todos los animales se apresuraban á servirle. Adán y Eva, no estaban nunca enfermos, eran bellos y fuertes y no debían morir.

¿No es verdad que eran muy dichosos? Pues vais á ver, mis pequeños amigos, cómo perdieron todas estas cosas tan bellas y llegaron á ser bien desgraciados, porque fueron orgullosos y

desobedecieron á Dios, que era tan bueno para ellos. Dios era su padre, y ya sabeis lo horrible que es el desobedecer á un padre y las grandes desgracias que siempre suceden á los que son desobedientes.

Había en medio del Paraíso Terrenal un árbol llamado *el árbol de la ciencia del bien y del mal* y el Señor había dicho á Adán: Comed del fruto de todos los árboles de este Jardín, pero no comais del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque si de él comeis, morireis ciertamente.

Era fácil, mis queridos niños, el no comer de este fruto ¿no es verdad? Pues escuchad, como se dejaron engañar.

El demonio, que es muy malo y que procura siempre el hacernos ofender á Dios para que seamos tan desgraciados como él, estaba celoso de ver á Adán y Eva tan buenos y contentos. Resolvió tentarlos, y tomando la figura de una serpiente, se dirigió á la mujer (porque en este tiempo Dios permitía que los animales hablasen algunas veces) y la dijo: ¿Por qué Dios no os ha permitido comer del fruto de todos los árboles de este Jardín?—Notad lo insolente de la pregunta; como si Dios que había creado á Adán y Eva, á quienes se lo había dado todo no fuese dueño de prohibir cualquier cosa. No se debe, pues, preguntar siempre «por qué,» como lo haceis frecuentemente, cuando se os dice, no hagais esto, porque parecerá que no quereis obedecer y no hay nada más feo, que un niño desobediente.—Tan pronto como Eva oyó al demonio hablarla de aquella manera, debió haberse marchado sin responderle, pero tuvo

curiosidad de saber lo que la serpiente quería decir, y la respondió: Nosotros comemos de todos los frutos de este Jardín; pero el Señor nos ha prohibido expresamente tocar al árbol que está en medio, bajo pena de muerte.

La serpiente la dijo entonces: no morireis; es que Dios sabe que tan pronto como probais de este fruto, seriais como dioses, sabedores del bien y del mal. Y he aquí á Eva que se llena de orgullo y esperando ser tan sabia como Dios, mira á la manzana, tan hermosa á la vista y que tan buen gusto debía tener, y avanza la mano, coje la manzana, come de ella y la dá á su marido, que come tambien.

Al instante, tuvieron vergüenza de su pecado, y en cuanto oyeron la voz de Dios, se escondieron; cuando ántes, se llenaban de gozo siempre que el Señor les dirigía la palabra. —Así, amiguitos míos, se tiene miedo de Dios cuando se ha obrado mal, entonces, tambien se experimenta temor de los parientes y de los maestros. Sólo los niños que hacen cosas feas, son los que tratan de esconderse.

Habiendo Dios llamado á Adán, le reprendió por haber comido del fruto prohibido; ¿y sabeis lo que hizo Adán? Creeréis que pediría perdon al Señor, pero no fué así; se escusó con su mujer, y la mujer á su vez dijo que la falta era de la serpiente. —Oh!, amigos míos, cuando cometais alguna falta, confesarla y pedid inmediatamente perdon, porque este es el medio de obtenerle. —Dios irritado con aquellas respuestas, maldijo desde luego á la serpiente, condenó á la mujer á obedecer en todo á su marido y á sufrir muchos males. A Adán le dijo, que puesto que él había querido mejor escuchar á su mujer, que obedecerle á El que era su dueño y su Dios, la tierra seria maldita por su causa, que tendria el trabajo de cultivarla y que comería el pan regado con el sudor de su frente. Después, en fin, el Señor, los condenó á morir. Todos los hijos de Adán, es decir, todos los hombres, están sujetos á las mismas penas y á la muerte.

Ya veis, niños míos, que estamos obligados á trabajar y no creais que esto se refiere solamente á los pobres; los ricos deben trabajar tambien á su manera. Es desobedecer á Dios,

el ser perezosos y pasar el tiempo sin hacer nada.

Después de esto, el Señor arrojó á Adán y Eva del Paraíso Terrenal, y puso dos ángeles á la entrada del Jardín, con una espada de fuego para impedirles la entrada.

¡Qué desgracia, mis queridos niños, que ellos desobedecieran á Dios! Fueron arrojados de aquel bello Jardín, en donde eran tan dichosos, y el Señor no los perdonó, sinó después que lloraron su falta durante toda su vida. Si ellos hubieran sido dóciles, nosotros hubiéramos tambien habitado el Paraíso Terrenal, dichosos y tranquilos, en lugar de sufrir las enfermedades y pesares á que estamos sujetos y no necesitaríamos como ahora para ir al cielo, morir ántes.

Pero Dios es tan bueno, aun cuando se le ha ofendido, que en el momento de castigar á Adán, le prometió que enviaria un Salvador; y ya sabeis perfectamente, que este fué Nuestro Señor Jesucristo, su Hijo á quien El envió sobre la tierra para salvar á todos los hombres mucho tiempo después del pecado. Por los méritos de Jesús que murió por nosotros, los que aman á Dios, pueden entrar en el cielo; y el cielo, amigos míos, es todavía mucho más hermoso que el Paraíso Terrenal.

Pensad, queridos niños, en todo lo que os manifestamos en esta carta. —Recibid nuestro cariñoso saludo, y hasta el jueves próximo.

LEYENDAS MORALES.

escritas para los niños

por

DON JOSÉ MARIA PONTES.

CONTRASTES DE LA EDUCACION.

CAPITULO II.

UNA REVELACION INESPERADA.

—Aquí estoy Marcelo. Me ha dicho tu hijo que deseas confesar.

Y como el enfermo se mantuviese inmóvil, repuso con la mayor afectuosidad el padre Ambrosio.

—Marcelo, amigo mío, aquí está tu amigo de la infancia. ¿No me oyes?

A la dulce voz del sacerdote, las demacradas facciones del paciente se animaron un poco, gruesas lágrimas se deslizaron hasta humedecer sus descoloridos labios, e incorporándose trabajosamente hacia donde estaba su amigo y fijando en él la mirada, dijo con una expresión profunda de reconocimiento.

—Gracias.

Y sus lágrimas corrieron más abundantes. Era este, sin duda alguna, un desahogo necesario á su oprimido corazón, desahogo que tuvo buen cuidado de no interrumpir el virtuoso ministro del Señor, pues á los pocos instantes sintióse aliviado el enfermo y con fuerzas para comenzar una revelación que deseaba ardientemente.

—Ambrosio, —dijo el enfermo con alguna dificultad— tu presencia reanima mi abatido espíritu. Necesitaba depositar en el sacerdote y en el amigo un secreto que atañe á la felicidad futura de mis hijos. Tú tienes para mí ese doble carácter, y con la ayuda de Dios vas á oír lo que nunca pudiste esperar.

Hubo un momento de silencio en que Marcelo parecía evocar recuerdos de lo pasado.

—Tú sabes, continuó, que mi padre heredó cuantiosos ganados de mis abuelos, que mi familia ha ocupado los primeros puestos de la provincia y que un día... hace hoy mismo veinticinco años, los señores de Zabaleta se ocultaron repentinamente en su casa de campo, donde los pobres de la comarca no recibieron como otras veces el modesto socorro que el sábado se les repartía.

Casi pobre ya por la infamia de un falso amigo pero resignada mi familia por creer que la notable reducción de nuestros recursos procedía de causas naturales, pronto se acostumbró á una vida estrecha.

Mi padre sufría entretanto y esperaba...

—No agraves tus males con esos recuerdos, Marcelo.

—Son necesarios para que comprendas bien toda la importancia del secreto.

—Bien, ya te escucho.

—Tú recordarás que, por precaución, muchas familias acomodadas redujeron á metálico la mayor parte de sus bienes apenas se declaró formalmente nuestra última guerra civil. La mía, es decir, mi padre hizo lo mismo con el mayor sigilo, y para las ventas comisionó en mi ausencia al padre de tu convecino D. Simon, aquel infame que por tantos años se había mostrado nuestro mejor amigo. Llegué yo inesperadamente de Italia, donde había ido á terminar mi educación, á tiempo que los dos ajustaban cuentas solos. Mi padre, confiado en la amistad, extendió y firmó un recibo de medio millón de reales, mientras el otro contaba este dinero que era el producto de la venta.

Mi llegada produjo en la casa una alegría indecible y ese movimiento característico de tales casos; el ruido y mi nombre hicieron á mi padre abandonar la estancia dejándolo todo en manos de su mejor amigo. ¡Oh, cuántas lágrimas han costado aquellos transportes de placer!

La excitación del enfermo crecía por momentos.

Al pronunciar las últimas palabras, cayó en uno de esos paroxismos tan frecuentes en ciertas enfermedades.

El padre Ambrosio le dejó descansar mientras pensaba en el desenlace de una historia que tanto le había afectado.

La voz, cada vez más nerviosa de Marcelo, dejó de oír nuevamente.

—El villano, prosiguió, tentado por la infame codicia, y saltando á los sagrados deberes de la amistad, recoge el dinero y el recibo... Atraviesa por entre la familia y los vecinos que se habían reunido, me da la bienvenida con la tranquilidad de un hombre justo, pronuncia algunas palabras casi al oído de mi padre, que le respondió afectuoso, y parte.

El virtuoso sacerdote, comprendiendo entonces toda la fealdad del crimen cometido, no pudo impedir un movimiento de indignación.

—Al día siguiente, —continuó el enfermo con marcada exaltación— quiso mi padre arreglar las cuentas, pero se le manifestó en una carta, grande extrañeza por aquel deseo, diciendo que las cuentas estaban terminadas, y que en prueba de ello podía presentar el recibo perfectamente legalizado.

En los primeros momentos hubiérase entendido mi padre con los tribunales, pero esta idea fué desechada por carecer absolutamente de pruebas que justificasen un hecho tan execrable.

Los compradores declararían haber entregado el importe de sus contratos al falso amigo, pero esto no era bastante.

Después pensó en arrancar con la astucia ó con la fuerza aquel documento, causa de su ruina, pero esto podía acarrearle mayores males.

Desistió, pues, de todo, y desde entonces fué otro hombre.

Pasaba largas horas apartado de su familia sumido en una profunda melancolía.

Con un pretexto cualquiera redujo los gastos de la casa y nos trasladamos á este caserío sin saber que el ladrón de su fortuna había hecho lo mismo pocos días antes.

Mi madre, mi hermana y yo participábamos instintivamente de la tristeza de mi padre, sufríamos con él, presentíamos un gran mal, pero nunca nos atrevimos á preguntarle la causa de aquel inesperado cambio, porque era mucho el respeto que le profesábamos.

Otro nuevo acontecimiento hizo más aflictiva la situación. El que debía unirse para siempre con mi hermana, nos visitó al poco tiempo, y observando el estrechez en que vivíamos, escribió más tarde retirando su palabra empeñada.

Tan inicuo proceder que ponía de manifiesto su corrompido corazón, la falta de nobles sentimientos y sobre todo el asqueroso móvil que le impulsaba á realizar un enlace solemnemente acordado entre las dos familias; no bastó á desengañar á mi inocente hermana. Le amaba de todo corazón creyéndole bueno y lejos de despreciar á aquel monstruo de avaricia por tan atroz desengaño, se

acrecentó más y más la intensidad de su amor primero.

Aquella carta hizo muy desgraciada á mi hermana, pues no comprendiendo tamaña iniquidad en el que tantas veces le habia piutado un porvenir lleno de felicidad, esperó... ¡Pobre ángel! Aun le creia tan hourado como ella.

Un dia llegó otra nueva carta de una amiga participando el casamiento del perjuro con la señorita de N.: ¡nunca la hubiera recibido!

Mi hermana vió desvanecerse en un instante las lisongeras esperanzas que habia alimentado durante algunos meses, comprendió al fin el repugnante proceder de aquel hombre sin corazon, y sin embargo ni una palabra de amarga queja exhalaban sus lábios.

La esmeradísima educacion religiosa que en sus primeros años habia recibido, fortificada después con repetidos ejemplos de caridad, calmó su espíritu terriblemente contrariado y la hizo digna del cielo: perdonó al que causaba su desventura, y no satisfecha con esto pedia á Dios felicidad para los esposos.

(Se continuará.)

AURORA.

A UNA NIÑA DE ESTE NOMBRE.

Quien con amante boca
Jamás tu nombre invoca
En plácida efusion,
Ó el alma tiene loca
Ó muerto el corazon.
Pues no la tierra olvida
La aurora de la vida
Que cual supremo bien,
Resplandeció florida
En el divino Eden.

I.

Aurora, tu grato nombre
Tiene secreta eficacia
Y hermosura:
Pues vive adorando el hombre
Su dulce aurora de gracia,
Limpia y pura.

Por eso cuando contempla
De tan sagrada memoria
Un destello,
Su triste infortunio templa
Y arde su ser en la gloria
De lo bello.....

La flor que reina se llama
Y de los más lindos prados
Es orgullo:
Erguida en su verde rama,
Llena de aromas preciados
Y en capullo:

La encantadora sonrisa
Que con afan inocente,
Muestra el niño:
En cuya luz se divisa
Todo un mundo refulgente
De cariño:

La brillante mariposa
Que por vez primera el vuelo
Va ensayando,
Y en una encendida rosa,
Tomándola por el cielo,
Cae jugando:

La lijera fuentequilla
Que al fin de sus hielos quiebra
Las prisiones,
Y exhala dulce y sencilla
Como quien triunfos celebra
Gratos sonos:

El primer céfiro blando
Del Abril siempre risueño
Y amoroso,
Que flores va derramando
Con un susurro halagüeño
Misterioso:

La limpia luna que avanza
Y las sombras gratamente
Fiel destierra,
Dando aliento á la esperanza
De quien cruza tristemente
Mar ó tierra:

Auroras son que reflejan
La luz, de celeste aurora
Soberana,
Y en el espíritu dejan
Noble ambicion vividora
Sobre humana:

Pues nunca el alma olvida
La aurora de la vida
Que cual supremo bien,
Resplandeció florida
En el divino Eden.

II.

Cuando una madre amorosa
Tiembla de pronto, y se acrece
Su embeleso,
Y en la frente candorosa
Del hijo que la enloquece
Pone un beso:

Cuando un acerbo cuidado
Se torna en melancolía
Pura y bella,
Y el corazon consolado
En la lumbre se extasia
De una estrella:

Cuando en lágrimas de fuego
El criminal, ántes duro,
Se deshace,
Y en un divino sosiego
Y en um ambiente más puro
Se complace:

Cuando se inflama el artista,
Y con amor suficiente
Llora y canta,
Mientras se pierde su vista
En un piélago bendito
De luz santa:

Cuando los mártires fieles
Triunfan de tantos rigores,
Y perdonan,
Y de gloriosos laureles
Y de eternos resplandores
Se coronan:

Cuando la triste agonía
De una muerte dolorosa
Que da espanto;
Se torna en suave alegría,
Y en dulce paz misteriosa
Sin quebranto.....

Entonces ¡ay! es que el alma
Siente un recuerdo sagrado
De improviso,
Y vé á lo léjos su palma
Y se abisma en el llorado
Paraiso.

Pues nunca el alma olvida
La aurora de la vida
Que cual supremo bien,
Resplandeció florida
En el divino Eden.

III.

¿Qué música seductora
Entre el silencio profundo
Vaga incierta?
Es que el ángel de la aurora
Ya viene diciendo al mundo:
«¡Sal, despierta!»

Lira fiel de mis amores,
Alza un himno á los nacientes
Rayos suaves:
Canta del sol los albores
Con las brisas, con las fuentes,
Con las aves.

Y el puro ser que te inspira
Estos rasgos halagüeños
De ternura,
Dile así mientras suspira,
Viendo cual huyen sus sueños
De ventura:

Mientras sensible levanta
Sus lindos plácidos ojos
Celestiales:
Mientras una oracion santa
Se agita en sus lábios rojos
Virginales:

«Aurora, niña inocente,
Guarda tu amable reposo,
Sé benigna:
Brille la paz en tu frente,
Sé de tu nombre precioso
Siempre digna.

Si eres digna de tu nombre
Tendrá completa eficacia
Tu hermosura:
Pues vive adorando el hombre
Su dulce aurora de gracia,
Limpia y pura.

Que no la tierra olvida,
La aurora de la vida
Que cual supremo bien,
Resplandeció florida
En el divino Eden.
Y quien con dulce boca
Jamás tu nombre invoca
En plácida efusion,
Ó el alma tiene loca
Ó muerto el corazon.

JULIO DE EGUILAS.

LECCIONES FAMILIARES

SOBRE LOS

ELEMENTOS DE LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES.

PRIMERA LECCION.

La tierra; su forma; su tamaño; su distancia del sol. Tamaño del sol. Caída de los cuerpos. Movimiento de la tierra sobre sí misma; sucesión del día y de la noche.

Habéis creído hasta aquí seguramente, amigos míos, que si se hiciesen desaparecer todas las desigualdades, todas las elevaciones que cubren la superficie de la tierra, ésta sería completamente plana, lo cual es un error.

La tierra tiene precisamente una forma aproximada á la de una naranja. Es una esfera un poco aplastada en dos puntos opuestos. Las montañas más elevadas que se encuentran en su superficie son ménos considerables, proporcionalmente á su volúmen, que lo son para una naranja las pequeñas desigualdades que notais sobre su piel. Os sorprendereis, hijos míos, al saber que la tierra es redonda; vuestra sorpresa vá cesar al momento, cuando os haya hecho conocer alguna de las razones que prueban mi aserto.

Cuando desde las orillas del mar se mira con ayuda de un antejo á un barco que se dirige hácia las costas, no se distingue desde luego más que la punta de los palos; después, á medida que el barco se aproxima, se perciben las velas, y en fin, el cuerpo mismo de su casco. Del mismo modo, si el barco se aleja de la ribera, se vé desaparecer desde luego su parte inferior, después las velas, después, en fin, la punta de los palos.

Si la tierra fuese plana, el sol iluminaría á la vez á su salida todas sus partes; pero esto no sucede así. Cuando es de día sobre una parte de la tierra, es de noche en la otra; cuando es cierta hora en un país, no es la misma en otros. Supongamos que un viajero parte del lugar en donde estamos y que su reloj perfectamente arreglado, no se descompone en el camino. Si dirige su marcha hácia el Levante, es decir, hácia el punto por

donde sale el sol, á seiscientas leguas de aquí próximamente, su reloj, que tendrá la misma hora que entónces sea para nosotros, marcará, por ejemplo, el medio día; y sin embargo, en el sitio en donde se encuentre en aquel momento, el sol estará próximo á ocultarse. Supongamos por el contrario, que este viajero se dirige hácia el Poniente, es decir, hácia el lado en donde el sol se oculta, y que hace otro tanto camino: su reloj marcará entónces el medio día, y sin embargo el sol acabará de salir en el país donde se encuentre por el momento. Estos experimentos se han hecho con mucha frecuencia, y no pueden explicarse sinó por la redondez de la tierra. Vosotros concebís en efecto que, si es redonda, al mismo tiempo que una mitad de su superficie esté iluminada por el sol, la otra mitad estará en la sombra, y que si el sol sale ahora para nosotros, hace mucho tiempo que ha salido para los países que están á mil leguas de nosotros al Levante; mientras que no puede haber salido todavía para los que están á mil leguas de nosotros al Poniente.

La tierra tiene cerca de mil leguas de circunferencia. Está á treinta y cuatro millones de leguas del sol, que nos parece tan pequeño á causa de esta gran distancia, y es, sin embargo, un millón de veces mayor que la tierra.

La primera vez que se habló de la redondez de la tierra, muchos se sublevaron contra tal idea, dejándose seducir por una apariencia engañosa. Vais á convenir en ello al instante.

Si yo tengo un libro, por ejemplo, suspendido encima de la mesa y le suelto, ya sabéis que caerá por el camino más corto. Ahora bien: ¿qué es lo que hacen los cuerpos al caer al suelo por el camino más corto, es decir, perpendicularmente? Dirigirse hácia el centro de la tierra. Así, pues, caer un cuerpo es lo mismo que dirigirse hácia el centro de la tierra. ¡Y bien! amigos míos, ¿qué pensáis sobre esto? ¿Creeis que sobre cualquier punto de la tierra en que uno se encuentre puede caer en el cielo? ¿Teneis miedo de que los hombres que habitan al lado opuesto al nuestro vayan á visitar á la luna ó á las estrellas? Ya comprenderéis que están como nosotros retenidos en la superficie de la tierra y comprimidos hácia su centro.

Los sábios llaman *atraccion* á esa fuerza por la cual los cuerpos que están cercanos á la tierra parecen atraídos hácia su centro, y determinan las leyes por las que tal fenómeno tiene lugar; pero la causa que pone esa fuerza en juego, no es conocida todavía más que de Dios, que ha impuesto á la materia leyes invariables á las cuales obedece ésta ciegamente.... Pero continuemos.

Vosotros oís decir, y á vosotros os parece, hijos míos, que el sol sale por la mañana, recorre la extension del cielo y se oculta por la tarde, hácia el lado opuesto á aquel de donde ha salido, para reaparecer á la mañana siguiente con poca diferencia en el mismo sitio. ¿Creeis que él gira alrededor de la tierra?

¿Creeis que no se puede explicar el día y la noche más que haciendo girar el sol alrededor de la tierra? Veamos:

Yo atravieso una naranja de parte á parte y por su centro con una pequeña rama de un árbol y la expongo á los rayos del sol. Una mitad de ella estará iluminada por su luz, la otra estará en la sombra. Para que todas sus partes estuvieran alternativamente en la sombra y en la luz, ¿seria necesario, mientras que ella permaneciera inmóvil, hacer girar al sol á su alrededor?

Hay un medio más sencillo: hago girar la naranja sobre sí misma y en este caso ¿pasan todas sus partes sucesivamente de la sombra á la luz?.... ¡Esta naranja es la tierra!

Esta gira sobre sí misma como la rueda de un carro gira sobre su eje; y este movimiento produce la sucesion de los dias y las noches....

Ya veis que se puede dar razon del día y de la noche sin hacer girar al sol alrededor de la tierra. No hace más que trescientos años, poco más ó menos, que un astrónomo prusiano, llamado Copérnico, ha demostrado que la tierra giraba sobre sí misma. Cerca de dos mil años ántes que él, un filósofo griego, llamado Pitágoras, habia descubierto esta verdad; pero Copérnico ha sido el primero que ha dado las verdaderas pruebas de ella. El, pues, es el que tiene más derecho á nuestro reconocimiento. Retened, hijos míos, los nombres de estos grandes hombres que han pasado su vida en ilustrar á

sus semejantes; es el único homenaje que por ahora podeis rendir á su memoria.

Nosotros giramos con la tierra y lo que impide que nos apercibamos de ello, es que todo lo que nos rodea es arrastrado con nosotros en este movimiento.

(Se continuará.)

Solucion al enigma y charada del número anterior.

Es tu charada *Cariño*,
Y tu enigma *Perla* es,
Tu enigma y charada pues,
Al momento acertó el niño
JUANITO DE LAVERNES.

CHARADA.

Mi *prima* y *segunda* es juego;
Mi *segunda* y *prima* abriga;
Con *prima* y *tercia* se obliga
A una esferita á rodar.
Segunda y *tercera* es dios
Con muchos adoradores;
Y el todo es planta, lectores,
Que el niño no debe usar.

(La solucion en el próximo número.)

EJEMPLOS.

La verdadera amistad. Damon y Phitias eran dos amigos que se querian entrañablemente. Damon fué condenado á muerte por Dionisio el tirano, rey de Siracusa. Este prisionero ántes de morir alcanzó licencia para ir á su tierra, la

que se le otorgó á condicion de que su amigo Phitias quedase en rehenes. Llegó el día señalado para la vuelta, y como no pareciese, y lo acusasen, contestó Phitias. *Estoy segurísimo de que vendrá Damon, y me quitará la gloria de morir por él.* En efecto, llegó Damon y se presentó al tirano, quien admirado de los sentimientos de los dos amigos, perdonó á Damon, y distinguió á los dos con su proteccion y beneficios.

**

PREGUNTA.

¿Cómo escribiremos el número 89 con cuatro cifras iguales?

(La solución en el número siguiente.)

COLEGIO DE PRIMERA ENSEÑANZA

ELEMENTAL Y SUPERIOR.

DE DON NICOLAS SORIANO

ÁLAMO, 2.

Alumnos que más se han distinguido en la última semana.

Clases generales.	Sec.	Nombre de los alumnos.
Doctrina é Historia Sagrada.	1.º	Benito Gallego.
	2.º	Petronilo Agustin.
	3.º	Juan Castellanos.
	4.º	Tomás Sanchez.
	5.º	José Sanchez.
	6.º	Eugenio Guijarro.
Lectura.	1.º	Benito Gallego.
	2.º	Petronilo Agustin.
	3.º	"
	4.º	Tomás Sanchez.
	5.º	José Echevarri.
	6.º	Benito Valiño.
Escritura.	1.º	"
	2.º	"
	3.º	Petronilo Agustin.
	4.º	"
	5.º	Estanislao Quintana.
	6.º	Joaquin Fernandez.

Clases generales.	Sec.	Nombres de los alumnos.
Gramática y Ortografía.	1.º	Francisco Gallego.
	2.º	Jesús Reja.
	3.º	Federico Lopez.
	4.º	Enrique Scasso.
	5.º	José Sanchez.
	6.º	Eugenio Guijarro.
Aritmética.	1.º	Petronilo Agustin.
	2.º	Juan Hoguer.
	3.º	Vicente Garcia.
	4.º	Emilio Carles.
	5.º	José Sanchez.
	6.º	Agustin Garcia.
Sistema métrico.	1.º	Francisco Gallego.
	2.º	Juan Castellanos.
	3.º	Jesús Reja.
	4.º	Lorenzo Lopez.
	5.º	José Sanchez.
	6.º	Eugenio Guijarro.
Geografía.	1.º	"
	2.º	"
	3.º	Antonio Camin.
	4.º	Santiago Gallego.
	5.º	José Sanchez.
	6.º	Eugenio Guijarro.
Geometría.	1.º	"
	2.º	"
	3.º	"
	4.º	José Sanchez.
	5.º	José Garcia y Barrero.
	6.º	Eugenio Guijarro.

ESCUELA DE LA REAL CASA.

Agustin Peñuela.

Ignacio Remolar.

Por lo no firmado, el Secretario de la Redacción,
VICENTE REGULEZ Y BRAVO.

DIRECTOR Y EDITOR, D. César de Egulaz y Bengoechea.

MADRID:—1867.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE VAZQUEZ,
calle de San Bernardo, núm. 17.